

**MENSAJE PASTORAL DE SU BEATITUD
EL METROPOLITANO TIKHON
NAVIDAD 2016**

¡CRISTO HA NACIDO! ¡GLORIFIQUÉMOSLE!

**Al honorable clero, a los venerables monjes y a los piadosos feligreses
de la Iglesia Ortodoxa en América,**

Mis amados hermanos y bendecidos hijos en el Señor,

¡Cristo ha nacido! ¡Glorifiquémosle!

En los últimos años, recibimos cada vez más frecuentemente la invitación de ingresar en una multitud de “universos,” como una alternativa a nuestra vida cotidiana. Más recientemente, apareció otra serie de la “Guerra de las Galaxias,” y seguramente más aparecerán, junto con una multitud sin fin de mundos cinematográficos similares y de realidades virtuales en el ámbito de los deportes, de la diversión, de internet y en los medios de comunicación. Aunque prometen un escape de lo mundano, semejantes cosas nos dejan a menudo atrapados en nuestro propio mundo de pasiones y de deseos terrenales.

Hoy, al celebrar la Gran Fiesta de la Natividad según la Carne, de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, recibimos la invitación de ingresar no en un mundo del escape, sino en aquel “misterio extraño y glorioso” a través del cual nos transfiguramos y nos transformamos, al abrazar el Reino de los Cielos mientras dejamos al Señor que nos abraza. Se nos da la posibilidad de encontrarnos no con “héroes” alucinantes del tipo tridimensional y de alta definición, sino más bien con la belleza sencilla del Nacimiento del Niño Jesús.

En apariencia, aparte de su extrema austeridad, no hay nada externo que llame la atención: una mujer da a luz en una cueva y coloca a su niño en un pesebre. Pero justamente mediante estas realidades sencillas se revela un gran misterio en el universo: Dios que existe desde antes de los siglos asume nuestra naturaleza humana en su totalidad. “A Él Que adornó los cielos con estrellas le agradó que naciera como un bebé, y a Él Que tiene los fines de la tierra en sus manos lo colocan en un pesebre de bestias irracionales.”

Este misterio adquiere significado para nosotros, mediante la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia y por nuestros pequeños esfuerzos de vivir con ternura cristiana. Esto es mucho más que ser virtuosos. Según escribió el Padre Alexander Schmemmann, “Una persona tierna es tierna porque acepta a la gente como tal, la cubre con ternura. La ternura es hermosa, es lo más bello en este mundo. Los hombres virtuosos son activistas, están obsesionados con el deseo de imponer sus propios principios y su bondad, y condenan, destruyen, odian con facilidad... En este mundo hay mucha virtud, pero tan poca ternura.”

La meta no es la virtud, sino más bien una vida con humildad y una lucha para discernir la imagen misma del Señor en cada persona con la que nos encontramos. Él “a Quien en esencia nadie puede tocar” está envuelto como un mortal en pañales, para que nosotros podamos hacernos “partícipes de Su naturaleza divina.” Si hay aquí algún elemento de escape, este está arraigado en la huida del pecado y de la seducción demasiado engañosa de este mundo.

Se nos da la Gracia del Espíritu Santo no para virtud ni para ascetismo heroico, sino que más bien esta está arraigada en la humildad que nos transforma, de manera tan segura como la Encarnación que transforma el universo. “Que la Creación se deshaga ahora de todas las cosas viejas, viéndote a Ti, el Creador, que viene como un niño, porque a través de Tu Nacimiento das forma a todas las cosas nuevamente, haciéndolas nuevas una vez más y volviendo a restaurar en ellas la belleza que tenían al principio.”

Que el regocijo de esta gran Fiesta nos transfigure ahora, en el Nuevo Año que viene y en cada día de nuestra vida, mientras esperemos la plenitud del Reino de los Cielos que aún está por revelarse plenamente, pero que ya está presente completamente en la vida del Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

Con amor en el Cristo Recién Nacido,

+ 

+ Tikhon
Arzobispo de Washington
Metropolitano de Toda América y Canadá